HISTORIA UNIVERSAL

La crisis de la cristiandad



COLEGIO NACIONAL
DE BUENOS AIRES 30 Página/12



Lutero quemó la bula mediante la cual el papa León X dispuso su excomunión; un acto con el que sumó otro símbolo a su rebelión contra la crisis de la jerarquía romana. (Grabado del siglo XIX.)

Las rebeliones campesinas de los siglos XVI y XVII en gran medida fueron producto de la explotación a la que eran sometidos por los señores y los funcionarios del naciente Estado nacional. En la ilustración, *El pago del diezmo*, obra de P. Brueghel.

Ficha Técnica

DEPARTAMENTO DE HISTORIA
DEL COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES.
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES.
DIRECTORA: *Prof. Aurora Ravina*
REDACTORES:
Prof. Alejandro Cristófori,
Prof. Aurora Ravina,
Prof. Gabriel A. Ribas,
Prof. María Cristina San Román,
AUXILIARES DE INVESTIGACION: *Prof. Karin Grammatico; Prof. Sergio Galiana*
CARTOGRAFO: *Miguel Angel Forchi.*

Colaboradores responsables del texto general del presente fascículo: Profesores Alejandro Cristófori y María Cristina San Román. Colaboración especial: Profesora Clara Brafman.

ISBN de la obra: 987-503-260-3
ISBN tomo II: 987-503-267-0

Impreso en IPESA. MAGALLANES 1315, Cap. Fed., en el mes de Diciembre de 2000.

ACLARACION

A la ilustración de la retiración de tapa del fascículo Nº 29 le corresponde el siguiente epígrafe: Plano de la ciudad de Londres a mediados del siglo XVI, según el atlas editado por Braun y Hogenberg en 1572.

La crisis de la cristiandad



... El fracaso que, en definitiva, sufrió la Iglesia no se debió a sus riquezas, ni a su frecuente mundanería, ni a su inmoralidad un tanto escandalosa, ni a que estuviera sometida a la obediencia de un Papa extranjero que no era más que un principillo italiano; se debió a su total incapacidad para ofrecer paz y consuelo a un mundo angustiado en una época en que todas las certidumbres parecían derrumbarse...." ELTON, G.R., *La Europa de la Reforma. 1517-1559*, Siglo XXI, Editores, Madrid, 1976.

"... No hay otro modo de comprender la reforma del siglo XVI que el de referirla a las exigencias que la provocaron y que, a través de ella, quisieron obtener satisfacción. Pero, aún más que por el humanismo, sorprende el hecho fundamental de que haya tratado de realizarse según los supuestos arquetipos del cristianismo primitivo, firmemente considerados imprescindibles e inmutables. [...] Esta obsesión de los orígenes, este mito de la "Iglesia primitiva" o de la pureza católica constituyen un fenómeno histórico de primera magnitud y dan la visión del estado mental colectivo de la sociedad europea. Es innegable, en suma, que Occidente era, en aquel período, un universo todavía bastante cristianamente cerrado en sí mismo, aunque ya desarticulado y nada compacto, para ser capaz de aspirar a una reconstitución que no consistiera en el retorno a los principios sobre los cuales estaba o creía estar fundado. [...]" ROMANO, R., TENENTI, A., *Los fundamentos del mundo moderno, Edad Media Tardía, Reforma, Renacimiento,* México, Siglo XXI Editores, 1998.

"Ante la imposibilidad de hallar fórmulas de acuerdo que salven la unidad religiosa o simples normas de coexistencia entre individuos de diversa religión se llegará a un intento de solución política del problema de la pluralidad religiosa, haciendo al príncipe garante y defensor de la unidad religiosa dentro de su reino. (...) Por un lado se producirán las violentas convulsiones derivadas de la simple conversión de un príncipe (....) De otro determinará la aparición de sistemas de fiscalización y extirpación (Inquisición) e inspirará un radical unitarismo religioso dentro de las fronteras políticas (...). La intolerancia, eficaz mientras se aplicó en pequeños estados o en lugares donde sólo existían reducidas minorías de disidentes a los que se les podía exterminar o imponer el destierro sin demasiadas dificultades, mantuvo una apariencia de solución. Cuando la Reforma alcanzó monarquías como Francia o afectó a grandes zonas de la población como en los Países Bajos la solución de la emigración dejó de ser viable y planteó el conflicto bajo la forma de la guerra de religión (...)." ARTOLA, M., *Textos fundamentales para la historia,* Madrid, Alianza Universidad Textos, 1979, p. 286.

Entre lo sagrado y lo profano

En los albores del siglo XV Europa había dejado atrás la pesadilla de la crisis y la peste. El balance de vidas y muertes había sido un saldo tan negativo que movería al hombre a un replanteo de valores y creencias. Y no sería esta actitud privativa de la elite intelectual subsumida en los claustros monacales o universitarios; abarcaría también al común de la gente, a todos y cada uno de los mortales según su saber y entender. No fue casual que en el siglo renacentista el hombre europeo comenzara a poner orden en sus ideas respecto de la vida y de la muerte. Esta tarea intelectual –que tampoco sería patrimonio exclusivo de los doctos– requería entre otros esfuerzos separar y comprender lo humano y lo divino y establecer nuevos nexos que renovaran la relación del hombre con Dios; por entonces atrapada en estereotipos vacíos de contenido y carentes de respuestas para la angustia cotidiana de los mortales. Entre el mundo laico y el eclesiástico se venía produciendo un progresivo desajuste entre el equilibrio que se había dado durante el Medioevo entre dogma y sensibilidad, doctrina y creencia, elaboración intelectual y expresión de fe. ¿Cómo recomponerlo?... nada mejor que volver a las fuentes. En la medida en que el cristianismo legitimaba la estructura política y de clases en toda Europa y penetraba en todos los aspectos de la vida individual y colectiva, una revisión de sus estructuras institucionales y doctrinarias debía necesariamente traer aparejada una reforma en las costumbres y hábitos religiosos y de convivencia, y provocar una conmoción general en las relaciones políticas de las instituciones laicas y religiosas.

El legado medieval

El siglo XIV había significado también la dispersión ética y disciplinaria general de la cristiandad occidental. En gran medida por la falta de respuestas de la Iglesia como institución, habían surgido en el centro de Europa corrientes místicas que retomaban tradiciones espirituales que se habían mantenido por largo tiempo. Monjes burgueses y nobles del alto Rin bajo la dirección de Juan Tauler, quien a su vez continuaba las enseñanzas de Eckhart, ambos dominicos, se habían preocupado por alcanzar una experiencia ética más personal, separándose de la comunidad eclesiástica y buscando una relación directa con Dios. Habían surgido cofradías y hermandades de laicos y clérigos que sostenían prácticas religiosas con el acento puesto en la renovación moral del cristiano, en la imitación de Cristo y en la recreación de comunidades regidas por



Pasada la peste y la crisis económica, el mundo europeo se prepara para un nuevo cambio que transformaría la manera de pensar el mundo y la relación del hombre con Dios. En el siglo XV comienza un amplio movimiento que busca renovados caminos para superar una nueva crisis, esta vez de orden moral y religioso. En *La mesa de pecados capitales*, pintada por el Bosco hacia 1480, encontramos un testimonio de la flaqueza humana y la necesidad de poner coto a una realidad viciada y corrompida.

los principios del Evangelio. En la región flamenca los Hermanos de la Vida Común siguieron la prédica de Geert Groote cuyo objetivo era el estudio y divulgación de las Sagradas Escrituras. Algunos predicadores llegaron a identificar sus fines religiosos con sentimientos nacionales y de hondo contenido social y generaron movimientos de protesta contra el sistema que motivaron la represión de las autoridades laicas y eclesiásticas. El sacerdote bohemio Juan Huss y el profesor de Oxford John Wyclif coincidieron en aceptar el texto de las Sagradas Escrituras como única doctrina y en rechazar tanto los sacramentos como la Iglesia jerárquica, proponiendo en cambio el ideal de la evangélica pobreza. Era una respuesta comprensible si se considera la distancia que se había generado entre la Iglesia y sus fieles: sólo una minoría de ellos podía seguir la misa en latín y la ostentación y boato del ceremonial litúrgico poco tenían que ver con las realidades cotidianas de la gran masa de feligreses. Mientras estas corrientes místicas, herederas de los milenaristas medievales, socavaban con nuevas formas de devoción el respeto de amplios sectores del pueblo por la autoridad y el saber eclesiástico, los humanistas hacían lo propio en los círculos intelectuales y académicos de las ciudades europeas.

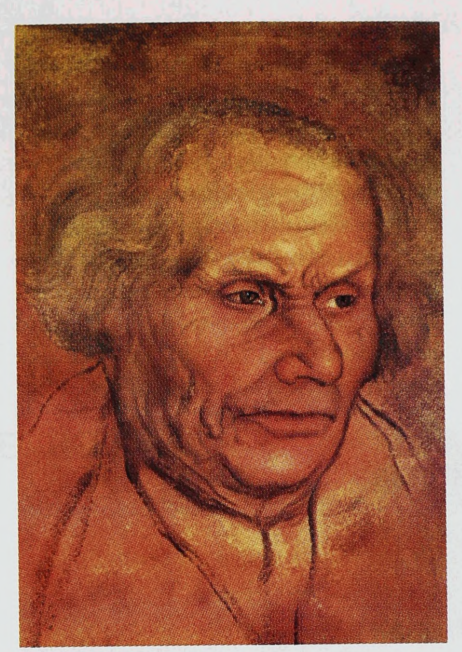
Un nuevo clima intelectual

En la medida en que progresaba y se enriquecía la cultura con el aporte de la intelectualidad laica, florecía el individualismo en sus más variadas formas. La difusión del libro creaba y fomentaba una nueva formade acceder a la cultura y –por qué no– a la palabra de Dios. Numerosas ediciones de la Biblia en lenguas clásicas y en los modernos idiomas nacionales acercaban a un círculo de lectores que se ampliaba gradualmente la posibilidad de acceder a la revelación divina sin intermediarios. Con este mismo objetivo los humanistas del norte de Europa tomaron el texto bíblico y los escritos de los Padres de la Iglesia en lengua griega o hebrea para investigar en sus formulaciones originarias el ideal del hombre cristiano. En este sentido, humanistas como Desiderio Erasmo, Jacobo Lefèvre y Ulrico Zwinglio aportaron los recursos técnicos y la amplitud de pensamiento necesarios para abordar la tarea de precisar, comentar y difundir en los idiomas vernáculos los antiguos textos religiosos. La vuelta a las fuentes debía necesariamente influir en una nueva interpretación de la relación entre el hombre y Dios en la medida en que la Biblia fuera objeto de tal exégesis. La erudición del intelectual humanista limpió la palabra de los padres de la Iglesia de los aditamentos que las generaciones posteriores le habían incorporado y esto derivó naturalmente en acentuar la importancia de una espiritualidad más directa y menos subordinada a la intermediación del ritual eclesiástico. Los estudios de Erasmo sobre el Nuevo Testamento pusieron de manifiesto las diferencias entre la Iglesia primitiva y la de los tiempos que corrían. Lefèvre centró su atención sobre las Epístolas de San Pablo, las comentó y las contextualizó en el momento histórico en que fueron escritas, tarea que lo llevó a enunciar antes que Lutero la idea de la justificación por la fe. Finalmente Zwinglio se definió por la nueva Iglesia reformada. Unió a los humanistas cristianos el convencimiento de que el hombre podía lograr superarse a partir del ejercicio del pensamiento y la voluntad. Si podía modelar su propio desarrollo, era importante incitarlo a la curiosidad académica, a la valoración de una filosofía moral y al interés por el auténtico sentido de la religión. Si en lo académico combatieron el aprendizaje memorístico y la lectura sin criterio crítico, en el plano religioso lucharon por desterrar el automático recitado de oraciones y la adhesión a un ceremonial más preocupado por los signos exteriores que por la reflexión acerca de la ética cristiana. Sin embargo el camino del Humanismo y la Reforma debían necesariamente bifurcarse en la medida en que esta última fraguara en moldes rígidos y coartara la libre especulación teológica que había caracterizado la segunda mitad del XV y las primeras décadas del XVI.

Cuando la limosna es grande...

La decisión personal de Martín Lutero –un monje agustino de treinta y cuatro años, profesor de Teología en la Universidad de Wittenberg– de clavar en la puerta de la iglesia del castillo un papel con noventa y cinco tesis que demostra-

ban la necesidad de reformar el culto católico era una manifestación más de disconformismo de quienes en la Europa nórdica buscaban nuevas formas de religiosidad. Que el hecho adquiriera proporciones imprevistas sólo puede explicarse teniendo en cuenta los factores políticos, sociales y económicos que convergieron para convertir una expresión aislada e individual en el motor de un proceso que comprometió a una porción importante de la grey católica. El terreno estaba abonado de antemano; de tantas semillas, una debía germinar. Como respuesta ante la creciente angustia existencial frente a la muerte –momento en el cual los cristianos debían someterse al juicio divino y purgar sus pecados–, la Iglesia había generalizado la concesión de perdón y redención o indulgencia, facultad antes privativa de los papas. Si bien la doctrina oficial hacía hincapié en que las indulgencias no eximían del arrepentimiento y la penitencia, el común de la gente las desvirtuaba y las vaciaba de contenido ético transformándolas en un trámite burocrático. Esto también era promovido por el clero, en la medida en que acostumbrabaa hacerse de recursos pecuniarios gravando con donaciones más o menos compulsivas la administración de los sacramentos y servicios religiosos a la comunidad aldeana. En Roma la máxima jerarquía eclesiástica también había entrado por la variante de las prácticas capitalistas como forma de solventar ejércitos mercenarios que resguardaran la soberanía de los Estados Pontificios. Cuando el papa León X autorizó al arzobispo de Maguncia la venta de indulgencias quizás no cayó en la cuenta de que el prelado pasaría los límites de lo tolerable. La urgencia por resarcirse del dinero invertido en tomar posesión de su cargo llevó al dignatario a promover una campaña publicitaria eximiendo a los fieles de las molestias de seguir el trámite normal, arrepentimiento, absolución y penitencia. En el reparto de ganancias intervenía el propio pontífice y el emperador Maximiliano. Juan Tetzel, de la orden de los dominicos, se encargó de promover la oferta en Wittenberg. Lo que no previó el arzobispo fue que estaba en tierras del elector de Sajonia, Federico el Sabio quien por razones económicas quizás no menos cuestionables se opuso a la libre competencia en el mercado de ofertas espirituales.



En 1504, Lucas Cranach fue contratado por el príncipe elector Federico el Sabio como pintor de cámara. A partir de entonces, ya instalado en la ciudad de Wittenberg, Cranach desarrolló, paralelamente, una importante actividad pública en aquella ciudad que lo llevó a trabar una sólida amistad con Lutero y defender la causa de la Reforma. Aquí el pintor retrató a Hans Luther, el padre de su amigo Martín Lutero.



Erasmo de Rotterdam, en la pintura de Hans Holbein el Joven.

De la reforma a la protesta

A través de la lectura del Evangelio, Lutero había llegado a la conclusión de que sólo mediante la fe el pecador podía tener acceso a la gracia de Dios y había calmado en parte su permanente angustia existencial de no ser uno de los elegidos. También había modificado su antigua imagen del Dios colérico por un Dios justo. Ante la omnipotencia divina todo el aparato eclesiástico pasaba a ser superfluo. Pedro, en la primera Epístola, había definido a los cristianos como "... un linaje escogido, un real sacerdocio...". Estos dos fundamentos, el de la justificación por la fe y el del sacerdocio universal invalidaban –entendía Lutero– la institución eclesiástica tradicional. La única misión del pastor era la prédica de la divina palabra para mostrar a los fieles el único camino de la salvación. En 1520, tres años después de hacer públicas las tesis, entraba Lutero definitivamente en el planteo de la necesidad de una nueva Iglesia. Ese fue el año en que el papa León X decidió declararlo hereje y excomulgarlo. Fue también el año en que el reformador publicó su exhortación a la nobleza alemana a luchar contra la tiranía de Roma y su Cautividad Babilónica de la Iglesia, en la que explicaba cómo la jerarquía eclesiástica sometía a los cristianos mediante los sacramentos para mantener el monopolio de su poder y sus privilegios. Lutero quemó la bula de excomunión, pero no pudo evitar comparecer ante el emperador Carlos V en Worms donde debía retractarse de sus postulados reformistas. Para entonces ya había definido el tercer fundamento del nuevo credo: la única autoridad era la Biblia. En Worms, Lutero pidió al emperador una instancia para exponer, para predicar... lógicamente le fue negada. El edicto final lo condenaba como hereje. Sin advertirlo, Carlos V había convertido a Lutero en una pieza fundamental de la política europea. Esto se hizo evidente cuando el elector de Sajonia lo raptó para ponerlo a resguardo en el castillo de Wartburg. Durante ese año de reclusión obligada el reformador continuó sus escritos esclarecedores de la nueva doctrina. Cuando recobró la libertad de movimiento, regresó a Wittenberg desde donde organizó la nueva Iglesia, tarea que acometió intercambiando opiniones con un selecto grupo de discípulos y colaboradores. Fueron destacables los aportes de Felipe Melanchthon como sistematizador de la nueva teología. También se acercaron

miembros de la pequeña nobleza económicamente arruinada y dirigida por Ulrico de Hutten y discípulos que tomaron posturas más radicalizadas. (Ver recuadro "Hay que estrangularlos"...). En menos de una década la reforma era aceptada por los dos tercios de las ciudades del imperio y se había difundido más allá de sus fronteras. La debilidad imperial quedó en evidencia en sucesivas Dietas en las que los príncipes no se definían y derivaban la solución a la convocatoria de un Concilio General. Una de ellas reunida en Spira (1526) decidió en ausencia del emperador poner en vigencia un edicto de tolerancia. Ante la falta de una autoridad central que impusiera la ortodoxia romana a las iglesias reformadas, los príncipes católicos formalizaron la Liga de Ratisbona y los reformados, la alianza de Torgau. La década terminaba con una segunda Dieta de Spira (1529) que anulaba lo resuelto en 1526 y hacía obligatorio el edicto de Worms, que muchas ciudades habían rechazado. Como respuesta seis príncipes luteranos y catorce ciudades firmaron una Protesta que desde entonces los identificó como tales. Al año siguiente las iglesias luteranas presentaron al emperador las conclusiones doctrinarias; todas fueron rechazadas. En 1531 como respuesta nacía la Liga de Esmalcalda para la defensa de la nueva fe.

¡HAY QUE ESTRANGULARLOS!

A partir de 1522 Martín Lutero residió en Wittenberg hasta poco antes de su muerte, en 1546. La ciudad se convirtió en la Roma de la Iglesia luterana y el monje sajón, en su Papa. Del grupo de discípulos se fueron desprendiendo quienes serían los predicadores destinados a difundir la Reforma en el territorio alemán y aun fuera de sus fronteras. Sin embargo pronto comprendería Lutero que no tenía su palabra una autoridad absoluta entre sus seguidores. Uno de ellos, Ulrico Von Hutten, humanista erudito y poeta, utilizó la prédica reformada para encauzar a un sector de la pequeña nobleza caballeresca –arruinada económicamente– detrás de la expropiación de las tierras del elector de Treveris. La llamada *"Rebelión de los caballeros"* (1522-23) fue desautorizada por Lutero y doblegada por la fuerza de las armas. También del círculo de Wittenberg, Andrés Carlstadt y Tomás Muntzer –este último nombrado por Lutero pastor en una localidad de Sajonia– opusieron a la doctrina luterana el principio de la revelación interior, incorporaron un mensaje apocalíptico y propusieron la organización de comunidades de "iluminados" a las que se ingresaba mediante un nuevo bautismo. Finalmente concluyeron que no era posible una reforma religiosa sin una revolución social. Expulsado de Sajonia, Muntzer levantó a los campesinos de Mulhausen en Turingia y muy pronto se unieron los artesanos de algunas ciudades. Comenzó así en la Selva Negra la llamada "Guerra de los campesinos" (1524-25), que se propagó por el sur de Alemania y costó la vida a millares de personas. El programa de estas bandas armadas se resumía en Doce Artículos que pedían la libre elección de los pastores, la supresión de los diezmos, la abolición de la servidumbre y el derecho de caza para todos. Estos excesos produjeron la ira en Lutero: *"Hay que estrangularlos* –escribió–. *Hay que matar al perro enloquecido que se lanza contra ti".* La corriente baptista ganó también prosélitos entre los Hermanos Bohemios y los seguidores de Juan Huss, contribuyendo a consolidar la Iglesia reformada checa, y se extendió por Suabia, Estrasburgo y los países del Báltico, donde adoptó formas más pacíficas. Después de 1525 Lutero se volvió dogmático e intolerante y su pluma se fue cargando –aún más– de violenta intemperancia. Estos cambios lo apartaron de algunos humanistas entre los que se contaba Erasmo de Rotterdam. El intelectual flamenco se había pronunciado en contra de la excomunión papal de Lutero; sin embargo guardaba para con él una actitud de desconfiada reserva. La polémica giró en torno del libre albedrío del hombre para optar por su salvación (según Erasmo) contra la imagen de la voluntad humana como voluntad servil que se disputan Dios y Satanás, según Lutero. Pero más allá de la controversia doctrinaria, la intolerancia y el dogmatismo no cabían en la mente del humanista. *"No temo a los papistas* –confesaría Lutero a sus amigos momentos antes de morir–, *pero después de mí los hermanos harán gran daño al Evangelio."* Efectivamente, las divisiones en las filas luteranas no cesaron.

M.C.S.R.

Divididos e intolerantes

Menos de un año menor que Lutero de quien había sido discípulo, tenía como el sajón más de treinta cuando en 1520 comenzó a ganar voluntades a través de sus sermones reformistas en la catedral de Zurich. Estudios universitarios en Viena y en Basilea lo habían acercado a Erasmo. En un contexto político dominado por la burguesía urbana enfrentada a los cantones rurales de la zona forestal, Zurich como Basilea y Berna era terreno fértil para las ideas reformistas que habían llegado desde Wittenberg. Desde el púlpito Zwinglio recurría en forma sistemática a la exposición de la Biblia e insistía en la relación directa entre el hombre y Dios. Era más racionalista que místico: veía el bautismo y la eucaristía como meras ceremonias simbólicas negando que en la misa se produjera la transustanciación del cuerpo y la sangre de Cristo en la hostia y el vino consagratorios. Esta controversia lo apartó definitivamente de Lutero cuando ambos expusieron sus diferencias en el Coloquio de Marburgo promovido por el príncipe Felipe de Hesse, deseoso de mantener la unión de las ciudades reformadas suizas y alemanas. Si a nivel teológico las discrepancias separaron a las iglesias, los costos a nivel político fueron más altos, al quedar aisladas las suizas y desprotegidas frente a los cantones católicos, con el agravante de que pudieran aliarse al emperador y hacer causa común por la Iglesia romana. Estas posibilidades y la difusión del anabaptismo movieron a Zwinglio a buscar el aval del poder político local, comprometiendo a las autoridades municipales en la organización de una Iglesia estatal. Zwinglio fracasó en integrar una alianza evangélica general tanto como en lograr el apoyo de todas las ciudades suizas a su doctrina. Su propaganda en favor de la violencia contra los cantones católicos desencadenó la guerra y en 1531 pagó con su vida y con la destrucción del ejército de la ciudad el intento de defender a modo de moderna cruzada su Iglesia reformada. Estos hechos interrumpieron la expansión de la

reforma suiza y con el tiempo desaparecería también la corriente zwingliniana del sur de Alemania.

Una nueva generación de reformadores

Cuando Lutero exponía sus tesis, Juan Calvino tenía ocho años. Había nacido en Noyon, una localidad de la Picardía francesa, en un hogar de católicos burgueses. Cuando llegó a su mayoría de edad, el Cisma ya era una realidad irreversible. A diferencia de Lutero, Calvino adoptó la Iglesia reformada según sus convicciones intelectuales y sin culpas, con la libertad de quien elige entre dos alternativas instaladas, igualmente válidas. A los catorce años se matriculó en la Universidad de París, becado en parte por la catedral de Noyon para seguir Teología. Licenciado en Letras a los diecinueve, se volcó al estudio de las leyes siguiendo los deseos de su padre. En Orleans y Bourges estudió Derecho Romano y tomó sus primeros contactos con los luteranos. Vuelto a París y liberado ya del mandato paterno ingresó en lo que con el tiempo se conocería como el Collège de France donde completó su formación humanística. Calvino era a los veinticinco años un joven intelectual,

SER ESTUDIANTE EN LA EUROPA DEL RENACIMIENTO

¿Quiénes eran los universitarios en esta época? Se entraba a la Universidad en una edad que oscilaba entre los catorce y quince años. Las casas de altos estudios eran pagas y esto limitaba naturalmente el ingreso a las mismas. No obstante ello, muchos alumnos lograban costearse sus carreras mediante el recurso de trabajar como criados de los profesores o bien de otros alumnos más acomodados o solicitando préstamos y becas.

A pesar de todo, la cantidad de educandos calificados como "pobres" no superaba un 16 por ciento del total de la matrícula. Estudiar era, pues, un privilegio de clase.

El plan y la modalidad de los estudios comprendía una primera fase de la carrera que estaba conformada por el *"trivium"* (gramática, dialéctica y retórica) y por el *"quadrivium"* (aritmética, geometría, astronomía y música). Estas eran las bases consideradas imprescindibles para realizar un trabajo doctoral en materias tan distintas como teología, derecho o medicina.

El plato fuerte del programa de todas las universidades estaba constituido por una conferencia a cargo del catedrático. Era también destacado el papel de la polémica que debía desarrollarse en torno de un tema propuesto. Se concedía una enorme importancia a la memoria y a la capacidad argumentativa. La creatividad, la experimentación o la capacidad crítica no eran vistas con buenos ojos.

Los humanistas arremetieron contra este estado de cosas en un ataque que se dirigía más al espíritu de esta educación que a su práctica diaria; soplaban nuevos vientos.



Fachada de la Universidad de Salamanca (España), construida a principios del siglo XVI.

Se criticaba, en primer lugar, un estudio del texto que ponía el acento más en la maraña de citas y comentarios que el mismo había suscitado a lo largo del tiempo que en sus condiciones de producción en general. Frente a esta tónica comenzó a proponerse una análisis que se centrara tanto en el estilo del escrito como en el conocimiento de los tiempos en que se había gestado, herramienta para comprender no solamente lo que en verdad había dicho el autor, sino el porqué y el cómo se había realizado su obra.

Como posible consecuencia de esto, surgió un vivo deseo de pasar por arriba de los escritores escolásticos para sumergirse directamente en la Biblia o en los primeros Padres de la Iglesia. Otra inquietud de los hombres del Renacimiento apuntaba a criticar la preponderancia de la lógica por sobre el pensamiento y el sentimiento. Surgía así la imagen del "hombre universal" capaz de nutrirse de fuentes muy diversas.

En general, puede decirse que las universidades aceptaron con más facilidad a los humanistas en su calidad de profesores de lenguas clásicas que a sus propuestas de reformar los planes de estudio y si bien la existencia de libertad de cátedra en muchas asignaturas permitió que ellos introdujeran bibliografía novedosa, la Universidad en sí continuó siendo inflexiblemente tradicional.

CLARA BRAFMAN

destacado por sus dotes oratorias; había prologado y revisado la Biblia traducida al francés y estaba próximo a su conversión a la Iglesia reformada. El momento en que decidió poner en evidencia sus inclinaciones coincidió con una etapa de intolerancia religiosa en Francia y Calvino debió abandonar París. Llegó a Basilea donde tomó contacto con el grupo local de reformadores y donde publicó su primer ensayo, *Instituciones de la religión cristiana*, para divulgar la doctrina según sus convicciones y que iría modificando en sucesivas ediciones corregidas. A partir de ese momento puso su formación de intelectual humanista al servicio de Dios, con la certeza de poseer la gracia divina, garantía de su propia salvación e instrumento eficaz para crear una Iglesia que reflejara su exacta visión moral, religiosa y espiritual de la vida.

Estado e Iglesia... sin concesiones

Desde 1540 Calvino se comprometió definitivamente con la organización de la Iglesia ginebrina. No sin dificultades –dado su carácter de extranjero–, fue ganando en prestigio y autoridad que utilizó para transformar la vida y costumbres de todos y cada uno de los habitantes de Ginebra. La edición definitiva de las Ordenanzas en 1559 incluían modificaciones en algunos aspectos sustanciales de la organización eclesiástica. La Iglesia ya no era la asamblea eventual de elegidos y el pastor un simple delegado de los fieles con quienes compartía el sacerdocio universal. En su madurez doctrinaria, Calvino la había convertido en la organización misma de la comunidad de la que nadie podía quedar marginado. En su estructura se articulaba una compleja red de ministros, laicos y pastores, encargados de revisar, mantener y enseñar una rigurosa doctrina que reglaba todos los aspectos de la vida privada y de la comunidad. A la estricta observancia de los preceptos se sumaba un control no menos rígido de su cumplimiento. El Estado y la Iglesia quedaban fusionados y legitimaban su poder inquisitorial sobre los ciudadanos, pasibles de ser excomulgados. Calvino murió en mayo de 1564 y alrededor de su lecho de muerte sus pastores le escucharon subrayar la importancia de mantenerse fiel y no adulterar ni una coma de las Sagradas Escrituras. A pedido suyo, su cuerpo, envuelto en un saco, fue llevado al cementerio sin discursos ni cánticos, tampoco se identificó el lugar donde fue enterrado. Murió como había vivido durante sus últimos años, sin concesiones.



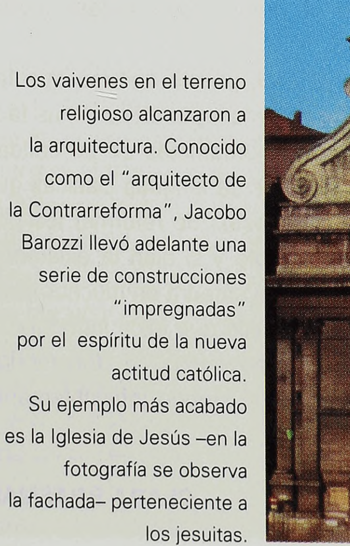
La fragmentación política de Europa central se debía al gran poder que ejercían los grandes señores laicos y eclesiásticos integrados en el Sacro Imperio Romano Germánico. La Reforma, como crisis de la cristiandad, fue el correlato religioso de ese proceso político. En la fotografía, armería del castillo de Bückeburg en Augsburgo (Alemania).

LA REACCIÓN CATÓLICA
La casa no estaba en orden

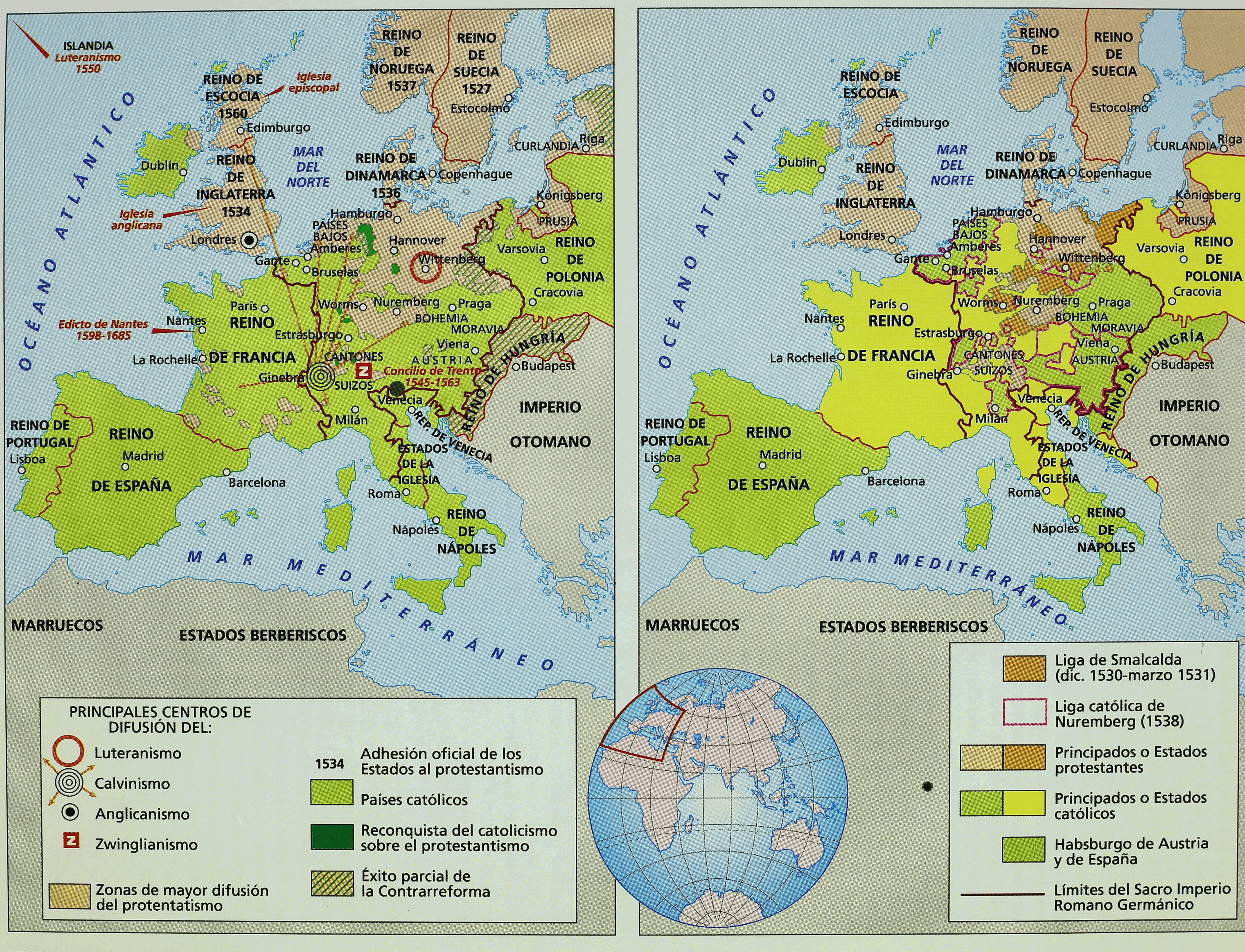
La reforma luterana y su expansión significaron un duro golpe para la Iglesia católica, pero es posible pensar que la crisis que ésta desató no hizo más que exponer con crudeza sobre el tapete una situación que no pocos conocían desde mucho tiempo antes de que Lutero alzara su voz. ¿Había sido necesario el cisma para que la Iglesia tomara conciencia de la imperiosa necesidad de implementar una reforma que le restituyera el prestigio perdido? El deterioro encontraba sus mayores responsables en los papas simoníacos, en los obispos de corte que ya no residían en sus diócesis y que se habían convertido en funcionarios administrativos, con atributos principescos y cada vez más dependientes y sumisos de la autoridad temporal. En sacerdotes ignorantes, escasos en número y propensos al abuso. Los fieles, abandonados y aterrados por el temor a la muerte y al infierno prometido, en busca de alguna respuesta fueron aproximándose a manifestaciones de religiosidad popular que se acercaban peligrosamente a la herejía. En las órdenes mendicantes latía el peligro de la subversión espiritual y otro tanto acontecía con las indulgencias, el desmedido culto a los santos o las peregrinaciones. La Iglesia, en una época de crisis, se hallaba cada vez más lejos de su rebaño, y el pensamiento de los humanistas hundía con facilidad el dedo en sus llagas. Su accionar era toda una invitación para que los más osados indagaran el dogma, tratando de ver de cerca cómo y de qué manera lo había malversado hasta convertirlo en un a caricatura.

Los sucesos vividos a partir de 1520 hicieron sonar la alarma en la jerarquía de la cristiandad, aunque muchos habían mostrado su preocupación y desde hacía





Los vaivenes en el terreno religioso alcanzaron a la arquitectura. Conocido como el "arquitecto de la Contrarreforma", Jacobo Barozzi llevó adelante una serie de construcciones "impregnadas" por el espíritu de la nueva actitud católica. Su ejemplo más acabado es la Iglesia de Jesús –en la fotografía se observa la fachada– perteneciente a los jesuitas.



CONFLICTOS RELIGIOSOS EN EUROPA OCCIDENTAL. SIGLO XVI.

EL MAPA DE LA REFORMA

Carlos V fracasó en su intento de recomponer la unidad católica en el imperio. Cuando en 1555 la Paz de Augsburgo reconoció la división de Alemania en territorios luteranos y católicos, los dos tercios de las ciudades imperiales habían sido ganadas por la Iglesia reformada. Incluso en países como Italia y España aparecieron corrientes de ideas no demasiado ortodoxas. La Iglesia española había sido revisada y renovada y en torno de la fe católica se había edificado la monarquía centralizada, además contaba allí con el brazo ejecutor de la Inquisición que tomó rápidamente cuenta de los grupos de iluminados y erasmistas; en consecuencia la reforma no tomó la forma de un movimiento y se manifestó a través de casos individuales como el humanista Miguel Servet o Juan de Valdés. En Italia la inexistencia de una estructura política unificada dispersó los esfuerzos para eliminar la heterodoxia y grupos también aislados buscaron refugio en Venecia, en Ferrara y en Nápoles. El apogeo de la Reforma en la península se debió más a los calvinistas y se percibió recién después de 1535. Por el oeste europeo ya se ha visto cómo fue ganando las ciudades helvéticas y pasó a Francia a pesar de que la prestigiosa y ortodoxa Facultad de Teología de la Sorbona dominaba el campo académico y religioso. Jacques de Lefèvre era el principal erasmista y en torno suyo se gestó el grupo de Meaux, difusor de las ideas reformistas. Entre sus discípulos, Guillermo de Farel estableció en 1523 en París la primera iglesia reformada y años después emprendió la misma tarea en Ginebra. Desde el poder tropezaron con la ambivalente actitud de Francisco I a quien el Papa había confiado los nombramientos, la disciplina y la legislación de la Iglesia francesa; más preocupado sin embargo en defenderse de la hegemonía de los católicos Habsburgo que en mantener una conducta coherente al respecto. Su propia hermana, Margarita de Angulema, era proclive a las nuevas ideas y el monarca mantuvo alternativamente, según las conveniencias de su política europea, actitudes favorables o represivas para los grupos luteranos franceses. Calvino dio nuevo impulso a la expansión de las iglesias reformadas y se preocupó por enviar un buen número de pastores ginebrinos para organizar las comunidades protestantes en toda Francia.



Carlos V y Francisco I, fresco de la Villa Farnesio realizado por Tadeo Zuccari.

En los Países Bajos los luteranos encontrarían un terreno propicio en Amberes y en las ciudades textiles, pero serían fuertemente reprimidos por Carlos V durante la década del veinte y perderían influencia. Más difícil resultó controlar el brote baptista sobre todo en las provincias del norte; pese a ser perseguidos y martirizados no llegaron a desaparecer y algunos de los grupos adoptaron una actitud pacífica. Entre 1543 y 1545 comenzó a percibirse la influencia de Calvino sobre los jóvenes de Brabante. Muchos de ellos estudiaban en Ginebra y volvían a su país como misioneros. Las publicaciones calvinistas ingresaban camufladas en las bodegas de los barcos. En Inglaterra los luteranos tuvieron pocas adhesiones. Los humanistas se mantuvieron en la ortodoxia y la rebeldía de Enrique VIII no constituyó un intento de modificar el culto o el dogma de la Iglesia inglesa; sino de ponerla bajo la directa autoridad de la corona. La Reforma entró en las islas británicas más inspirada en Calvino que en Lutero y al amparo de los regentes del joven Eduardo VI quienes anularon la legislación contra los herejes. El calvinismo también fue adoptado en Escocia después de 1560 y la Iglesia Presbiteriana escocesa tomó –algo modificada– la organización de la ginebrina. En los reinos que rodeaban el Báltico, la lejanía de Roma y la ambición de los príncipes colaboraron en favor de la prédica luterana que du-

rante las décadas de los treinta y los cuarenta tomó la ruta de las ciudades hanseáticas y aprovechó las estrechas relaciones comerciales con la región. Más al este desde comienzos de los veinte, Alberto de Hohenzollern había secularizado la Orden Teutónica impulsando la reforma en el ducado de Prusia, desde donde predicadores y comerciantes alemanes la introdujeron en Polonia y en Hungría. En esta región europea la Reforma encontró otras condiciones económicas y sociales. Las llanuras polacas y húngaras eran la base económica de una aristocracia terrateniente, dueña de las mejores tierras de laboreo explotadas bajo formas serviles. Sólo en Bohemia –y en menor medida Transilvania–, las ciudades con actividades comerciales e industriales indicaban la existencia de una burguesía que quisiera compartir el poder con la nobleza. Toda la región reconocía la autoridad espiritual de Roma y sus iglesias padecían los mismos síntomas que las europeas en su conjunto. En Bohemia la tradición hussita seguía viva tanto en el pueblo como en la nobleza. Mas radicalizados, los Hermanos Bohemios constituían una hermandad basada en principios bíblicos y democráticos. Si bien ambos grupos podían ser un terreno fértil para las ideas reformistas, ofrecieron resistencia al luteranismo desde una perspectiva nacionalista. En esta primera fase de expansión la Reforma alemana no pasó de ser en Bohemia una grupo más de tantos heterodoxos. Tampoco fue importante en Polonia; en todo caso no hizo más que preparar las condiciones para el calvinismo y sólo en Hungría tuvo cierto dinamismo como para pensar que podía desplazar a los católicos. El emperador cuidó especialmente no maldisponerse en territorios que constituían la periferia de sus dominios. En definitiva, la Iglesia reformista avanzaba y triunfaba allí donde las autoridades civiles lo permitían.

M.C.S.R.

tiempo reclamaban que se instrumentaran medidas para fortalecer la moral y la disciplina del clero. A fines del XV y comienzos del XVI habían aparecido Hermandades (especialmente en Italia, donde se destacó el *Oratorio del amor divino*) que cultivaban la oración, la caridad y la fe mística, y nuevas órdenes religiosas que llevaban una vida de pobreza dedicada a la predicación y a la ayuda a los necesitados. Pero estas manifestaciones reformistas eran vistas con ojos desconfiados en el seno de una Iglesia renacentista que, preocupada por los vaivenes de su poder temporal, no parecía dispuesta a un cambio que implicara una transformación medular. Entre los muchos atributos que exhibía, no figuraba la caridad y mucho menos la humildad y el remedio sugerido se parecía a los primeros síntomas de la tan temida enfermedad. Pero el disenso crecía, aun entre las filas de los insospechados. Bernardo Ochino, el superior de los Capuchinos que tenía grandes posibilidades de llegar al papado, en 1542 se pasó al protestantismo y decidió partir hacia la Ginebra de Calvino.

La prudencia –aunque algo lenta de reacción– aconsejaba emprender una cambio *desde arriba* antes que se produjera *desde abajo*.

Para combatir los efectos de la Reforma protestante y recobrar los creyentes que habían caído en manos de la herejía, a partir de la década de 1530 la Iglesia desplegó una serie de acciones que en conjunto pasarían a la historia como la Contrarreforma o la Reforma Católica. Este doble movimiento defensivo-ofensivo apuntaba a contrarrestar los efectos de la secesión aclarando cuestiones dogmáticas –fijando la ortodoxia frente a las desviaciones– e instrumentando cambios en la estructura interna de la Iglesia y su actitud frente al mundo al establecer un estricto control sobre el clero y mayores exigencias disciplinarias para las órdenes religiosas. La renovación religiosa lograría detener la expansión del cisma y hasta recuperaría parte del terreno perdido, pero acentuaría la intolerancia que derivaría en graves conflictos de carácter político y social.

El largo Concilio de Trento

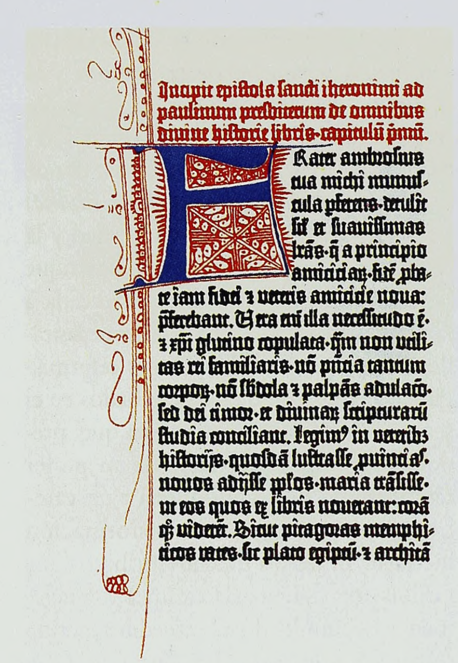
A pesar de los esfuerzos individuales que se habían llevado a cabo para depurar a la institución y, al mismo tiempo, para poner un freno al protestantismo, no podían impedir que éste se extendiera como una mancha de aceite en el agua. La vertiginosa evolución de las circunstancias exigía del papado una respuesta contundente que dudaba demasiado en dar, pero sus intentos de acercamiento hacia los protestantes habían fracasado y la herejía avanzaba peligrosamente sobre Italia.

El papa Pablo III decidió entonces abandonar la postura conciliatoria y adoptar medidas que estuvieran a la altura de la dimensión del problema. Ya desde 1540 había evidenciado una actitud más combativa al instituir, a instancias de Ignacio de Loyola, una nueva orden religiosa con características militantes como lo era la Compañía de Jesús. Dos años más tarde, reorganizó en Roma la Inquisición Pontificia, una versión aggiornada de su antecesora medieval que reconocía su fuente de inspiración en la que ya estaba funcionando con éxito en España desde hacía más de medio siglo.

Presionado por la opinión pública y por el poder político –especialmente por el emperador Carlos V, de quien sospechaba oscuras intenciones–, decidió llamar a un Concilio General que, de acuerdo con la bula que lo convocaba, trataría cuestiones atinentes a la definición del dogma y a la reforma eclesiástica.

El Concilio reunido en Trento en 1545 tras una larga gestación, emprendió un largo y áspero camino que terminaría, luego de dos prolongadas interrupciones, cambios de sede y de papas, dieciocho años después. La lentitud en sus definiciones estuvo marcada tanto por las guerras y conflictos que los príncipes católicos sostenían contra los protestantes y entre ellos mismos, como por las discrepancias que exhibían los teólogos que tampoco eran ajenos a cuestiones políticas. Desde un comienzo quedó evidenciado que papas y reyes tenían distintas prioridades: mientras que los primeros parecían dispuestos a discutir acerca de las cuestiones relacionadas con la ortodoxia dogmática, los monarcas se mostraban más preocupados por la reforma de la estructura eclesiástica, especialmente en lo referente a la autonomía de los obispos. Los trabajos eran preparados por comisiones y controlados por los legados del Papa, que actuaban como consultores y presidían los debates. Los teólogos participaban en las presentaciones y en la discusión, pero sólo votaban los obispos y los superiores de las Ordenes.

Las reuniones del Concilio se pueden agrupar en tres períodos. El primero de ellos se extiende desde su apertura hasta


Incipit epistola sancti ieronimi ad
paulinum presbiterum de omnibus
divine historie libris. capitulū primū.
Frater ambrosius
tua michi munus-
cula perferens detulit
sil et suavissimas
lrãs. q̄ a principio
amiciciar. fidē pba-
te iam fidei et veteris amicicie nova:
pferebant. Vera enim illa necessitudo ē.
et xpi glutino copulata. quā non utili-
tas rei familiaris. nō pñtia tantum
corpor. nō subdola et palpans adulacio.
sed dei timor. et divinar scripturarū
studia conciliant. Legimus in veteribus
historiis. quosdā lustrasse provincias.
novos adiisse populos. maria transisse.
ut eos quos ex libris noverant: corā
q̄ viderēt. Sicut pitagoras memphi-
ticos vates. sic plato egiptū. et architā

Detalle de una página de la Biblia latina impresa por Gutenberg en Maguncia (Alemania) hacia 1455. Se trata del primer libro para cuya impresión se utilizaron en Occidente caracteres móviles.

1547, durante el pontificado de Pablo III; el segundo, entre 1550 y 1552, bajo la órbita de Julio III; el último, con el papa Pío IV a la cabeza reinició las sesiones en 1562 y las cerró definitivamente en 1563.

La primera sesión se llevó a cabo cuando Carlos V enfrentaba a la Liga de Esmalcalda y muchos opinan que cuando culminó, las principales cuestiones referidas al dogma ya habían encontrado una solución. Contra lo que sostenían los protestantes, en uno de sus primeros decretos afirmó que la tradición tenía el mismo valor que las Sagradas Escrituras, y frente a las versiones reformadas de esta última, la Iglesia admitía como válida la versión latina –Vulgata– de San Jerónimo. La interpretación de la Biblia quedaba reservada a los sacerdotes, consolidando el *ordo clericalis* frente al postulado protestante del sacerdocio universal. También se encargó de reafirmar el valor del bautismo sobre el pecado original, la doctrina católica sobre el libre albedrío y el valor de la voluntad humana, y la eficacia de los sacramentos tradicionales. La relativa facilidad con que se adoptaron resoluciones de carácter dogmático contrastó con los inconvenientes insuperables que presentaba la reforma del clero. Si bien prohibió que un mismo obispo pudiera estar a cargo de más de una diócesis, nada pudo hacer para obligarlos a residir en aquéllas donde eran titulares.

Durante las sesiones celebradas entre 1550 y 1552 se invitó a los protestantes, pero pese a que luego de la derrota de la Liga ya habían recibido algunas concesiones –forzadas por la presión del emperador–, las definiciones adoptadas anteriormente les resultaban inaceptables, del mismo modo que a los católicos sus pedidos para que los obispos quedaran fuera de la jurisdicción papal. En este segundo período se dio un paso más en pos de la definición doctrinal, reafirmándose importancia de la confesión y la presencia "real" de Cristo en la comunión.

Transcurrirían casi diez años hasta que el Concilio se volviese a reunir. Entre 1555 y 1559, cuando ocupó la silla de San Pedro el intransigente Pablo IV –Carafa, un antiguo miembro del Oratorio del amor divino–, no habría reuniones y poco se hizo para seguir adelante con las reformas emprendidas: él era un representante de la vieja guardia, preocupado por el poder temporal de la Iglesia y, por lo tanto, poco dispuesto a realizar concesiones que debilitaran su aparato administrativo.

Su sucesor, Pío IV, fue el encargado de la última convocatoria al Concilio que daría por finalizada su labor en 1563. En sus últimas sesiones las disputas de los teólogos quedaron relegadas a un segundo plano. Si bien se confirmó la importancia de la misa, del papel que desempeñaban los sacerdotes en ella y se trató de desligar la verdadera veneración de los santos de las manifestaciones supersticiosas de piedad popular, eran cuestiones políticas las que ahora resultaban más preocupantes. Luego del corto y tumultuoso reinado de María, Inglaterra, con Isabel I, volvía a alejarse del redil de Roma; simultáneamente, en Francia estallaban las guerras entre católicos y hugonotes; los alemanes sentían que la Paz de Ausburgo representaba todo un logro después de años de lucha. La cuestión de la independencia y de la residencia episcopal, considerado por todos una cuestión fundamental para llevar a cabo la reforma, era un problema que dentro de ese contexto no hallaría fácil solución. Y la política terminó imponiéndose: se habló de muchas cosas -su labor evangélica, las visitas, la necesidad de educar al clero–, pero nada se resolvió al respecto. De todos modos, se había logrado más de lo que por momentos se creyó que se podía alcanzar y el tiempo se encargaría de engrandecer aún más la imagen del dilatado Concilio de Trento.

"Una Iglesia, una verdad, un texto..."

Cuando culminaron las sesiones de la última convocatoria, Pío IV publicó la *Profesión de la fe tridentina*, en la que resumían los decretos doctrinales del Concilio, y dispuso la creación de distintas comisiones que se encargarían de hacer efectivas sus disposiciones. Entre otras cuestiones afirmó la validez de los siete sacramentos, la salvación por la fe y las buenas obras, el valor de la tradición frente al biblicismo protestante, el libre albedrío, la existencia del purgatorio, las indulgencias y culto a los santos. En materia de disciplina, conminó a los cardenales y a los altos dignatarios a que llevaran una vida ejemplar, y prohibió a los obispos la acumulación de cargos. Se crearon seminarios para educar al clero y se les recordó, tanto a los regulares como a los seculares, que debían ser austeros y virtuosos.

Pero el Concilio de Trento no aclaró la doctrina, conservó la liturgia y tomó decisiones para renovar a la Iglesia, sino que además sirvió para buscar acuerdos y superar algunas de las dificultades que dividían a la cristiandad y favorecían la difusión y penetración de las distintas manifestaciones que adquiría el reformismo protestante. Aunque la mayor centralización dentro de la Iglesia no fue un resultado inmediato del Concilio, es indudable que tanto el poder de los papas como el de los obispos salió fortalecido de él. Pío V (1566-1572), Gregorio XIII (1572-1585) y Sixto V (1585-1590) fueron los responsables de luchar hasta lograr la aceptación de la Reforma Católica en un mundo donde muchos monarcas no se negaban a aceptar, pero sí a poner en práctica los decretos del concilio por temor a que esto significara una revitalización del poder eclesiástico. Hasta Felipe II de España, paladín cristiano por excelencia, se convirtió en un obstáculo para Roma. Su lucha contra la herejía no aceptaba la subordinación al poder papal.

A largo plazo, las reformas religiosas fueron ganando adhesión en los distintos estamentos de la estructura social. Mientras que los más pobres, pese a las condenas realizadas contra la superstición, pudieron conservar algunas de sus manifestaciones de piedad popular, los nobles y los soberanos vieron en ella una garantía del statu quo.

Para que esto fuera posible la Iglesia implementó, simultáneamente y en dosis equilibradas, la persuasión y la repre-

IMAGEN Y SEMEJANZA

"Aunque el Concilio de Trento no impuso ningún estilo específico a los artistas ni a los arquitectos, se desprendieron lógicamente ciertas consecuencias artísticas de las necesidades de la Iglesia postridentina. Las iglesias debían estar bien iluminadas, de tal forma que los creyentes pudiesen seguir los oficios en sus libros, y de esta forma las vidrieras de colores comenzaron a desaparecer. El Concilio había insistido en la necesidad de la predicación para combatir la herejía; por tanto, el púlpito debía ser colocado en una posición prominente para que el predicador pudiese ser bien visto y oído. Como los protestantes negaron algunos dogmas fundamentales de la Iglesia, se debía dar a éstos un énfasis especial en los nuevos encargos de pinturas e imágenes. Que los herejes rechazaban el sacramento de la penitencia y negaban la confesión tal como se practicaba: entonces los artistas pintarían a María Magdalena y a un San Pedro penitente. Que negaban la necesidad de las buenas obras para la salvación: entonces los santos debían mostrarse ejercitando todas las formas de obras de caridad. Que rechazaban la inmaculada concepción:entonces la Virgen María debía ser glorificada por todos los medios a su alcance. El artista, tanto como el sacerdote, debía convertirse en un activo participante en la batalla de Roma contra la herejía." ELLIOT, J. H., *La Europa dividida. 1559-1598*, Madrid, Siglo XXI, 1973, col. Historia de Europa, p. 153-154. **[A. C.]**



Interesante pintura de Hans Holbein el Joven conocida como *La Virgen del alcalde de Basilea*, pintada en 1510. Se encuentra en ella a una familia burguesa, la del alcalde, retratada en unión a una persona santa, la virgen; se trata de una nueva manera de conceptualizar la distancia entre lo privado y lo santo. En tiempos de la Contrarreforma se hallarán pocas imágenes y escenas semejantes a éstas, para dar lugar a situaciones magnánimas de María y de los personajes santos.

sión. Para darle uniformidad al culto se publicó un catecismo (1566), un breviario (1568) y un misal (1570), y para evitar perniciosas desviaciones se le encargó a una comisión la tarea de revisar, actualizar y publicar listas de libros que atentaban contra la fe de los creyentes (*Index librorum prohibitorum*, 1574).

Para educarte mejor

Como se ha señalado anteriormente, en 1542 el papa Pablo III, siguiendo el consejo de algunos de sus hombres más vehementes, reorganizó en Roma la congregación de la Inquisición, conocida también como el Santo Oficio. Los obispos medievales poseían facultades inquisitoriales sobre las herejías, pero esta nueva versión se hallaba libre del control episcopal. Además, centraba menos su atención en las manifestaciones populares de herejía –superstición, magia, brujería, agitadores sociales– para dedicarse a perseguir a quienes exhibían manifestaciones más depuradas y, siempre según su parecer, mucho más dañinas. Pese a que tras su creación transcurrió una década relativamente tranquila, cuando Juan Pedro Carafa, uno de sus inspiradores, llegó al papado, científicos, teólogos y hombres de la Iglesia sin importar su jerarquía fueron perseguidos y condenados. Junto con la certidumbre doctrinal crecía la intolerancia. El Tribunal del Santo Oficio comenzaba a transitar por un camino que recorrería con fervor variable durante los siglos venideros y que lo llevaría a convertirse en un sinónimo del oscurantismo y de la represión.

El Concilio de Trento destacó la necesidad imperiosa de educar a los creyentes y, para ello, era fundamental comenzar por hacer lo propio con los hombres de la Iglesia. En este sentido resultó de vital importancia la decisión de instalar seminarios en todas las diócesis, pero con todo no pudo esto igualar los resultados obtenidos por las órdenes religiosas, tanto las antiguas –renovadas para responder al espíritu de Trento– como las nuevas. La Contrarreforma no desalentaba el misticismo, pero se necesitaban militantes, sacerdotes que viviesen el siglo, que estuviesen dispuestos a educar a los fieles donde éstos se encontraran más necesitados. Este espíritu se había revelado en algunas órdenes aparecidas en Italia durante las primeras décadas del siglo XVI (como los Teatinos y los Barnabitas), pero tal vez resulten

mejores exponentes de esta nueva corriente monacal las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa de Jesús, la Congregación de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul y muy especialmente, la Compañía de Jesús, fundada por San Ignacio de Loyola en 1540.

Casi desde su creación, los jesuitas se dedicaron a la evangelización en los lugares donde se expandía el protestantismo y hasta en los nuevos territorios que Europa "descubría" en el Lejano Oriente y en América. Insistían en el libre albedrío y en la salvación por las obras y la disciplina física y espiritual que pregonaban llegaba a la comunidad a través de la intensa labor educativa que desplegaban. Atendían a los desvalidos y a los marginales, pero no descuidaban a los poderosos, sobre quienes tenían una gran influencia. Hay quienes señalan que el papado encontró en ellos las tropas más selectas para la reforma católica. Por su organización se encontraban al margen de las diócesis eclesiásticas y poseían un amplio margen de acción para poder desarrollar su labor pedagógica y catequista. Los integrantes de la orden, que ingresaban después de superar severas normas de admisión y un prolongado noviciado, se comprometían a seguir estrictas reglas de conducta: debían vivir en la pobreza absoluta, renunciar a todo cargo y dignidad eclesiástica, realizar una promesa de obediencia al Papa y reconocer la autoridad absoluta del superior. Casi desde sus inicios la orden comenzó a combatir simultáneamente en varios frentes. En 1541 llegó a la India Francisco Javier y, en 1546, Láinez, Salmerón y Pedro Favre estaban en Trento como teólogos pontificios. Antes de que finalizara esa década uno de sus hombres se convertía en rector de la Universidad de Ingolstadt y durante la siguiente muchos serían profesores en las mejores universidades de Europa. A la muerte de su fundador (1556), la orden poseía miles de miembros repartidos en más de 12 provincias que abarcaban gran parte del mundo conocido. Por sus métodos, por su disciplina y por su fidelidad al Papa, fueron una orden que se colocó a la vanguardia del espíritu contrarreformista. Esto fue motivo suficiente para que en ocasiones tanto sus rivales protestantes como los integrantes de la jerarquía eclesiástica católica los convirtieran en el centro de sus intrigas y de sus ataques.



Retrato de Johan Stephan Reuss, humanista y decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Viena realizado por Lucas Cranach en 1503.

Tal vez sea el vasco Ignacio de Loyola (1491-1556) quien encarna una de las figuras más representativas de la Reforma Católica. Descendiente de una noble familia, en 1521 fue herido en una pierna en Pamplona mientras luchaba junto al virrey de Navarra contra los franceses. Las consecuencias de este episodio le cambiarían para siempre la vida, ya que durante su convalecencia una serie de lecturas edificantes lo llevaron a abandonar para siempre la vida cortesana a la que parecía estar destinado. En marcha hacia Jerusalén, pasó por el monasterio benedictino de Montserrat (Cataluña), famoso por su profunda espiritualidad, y luego de una breve estancia allí se retiró a la completa soledad de una gruta que se hallaba en el macizo montañoso. Persuadido por los monjes del monasterio, decidió bajar a la ciudad de Manresa, donde eligió vivir una penosa experiencia jalonada por ayunos y mortificaciones que según su parecer eran el camino adecuado para librarse de los pecados y errores cometidos durante su existencia. La tortuosa experiencia tuvo un final feliz, ya que Ignacio consiguió librarse de los escrúpulos de su conciencia y entendió que había sido perdonado y que debía dedicarse a la salvación de almas. Al igual que Lutero, su experiencia religiosa había comenzado con su preocupación por la salvación personal, pero su individualismo lo llevó a ver que era en la conciencia del hombre donde se resolvía la lucha entre el bien y el mal. Sostenía que el hombre podía experimentar la existencia de Dios -generoso y liberal– a través de sus sentidos y que lo hallaría siempre y cuando acertara el camino para acercarse a él. Para que esto fuera posible era menester abandonarse a su voluntad y, tras experimentar la penitencia purgativa, encontrar a través de la meditación la verdadera vocación que lo condujera a la acción. En Manresa nacieron los *Ejercicios Espirituales*, un manual práctico en donde se expone un sistema metódico para llegar a dominar el espíritu y encaminarlo hacia el servicio de Dios. Los *Ejercicios* –considerados por algunos como uno de los libros más importantes del catolicismo– adquirirían su forma definitiva casi 20 años más tarde, cuando la orden crecía a la sombra de la protección papal.

SAN IGNACIO DE LOYOLA: GENIO Y FIGURA



Ignacio de Loyola. Grabado de J Furnó sobre dibujo de E. Balaga (siglo XIX).

Cuando Ignacio de Loyola creyó que había llegado el momento de dedicar sus esfuerzos para que la voluntad de Dios se hiciere tanto en la tierra como en el cielo, partió rumbo a Jerusalén, de donde volvió al poco tiempo decepcionado. En los años que siguieron estudió en varias universidades españolas, pero su prédica –sospechada de erasmismo– y su apariencia atrajeron sobre él la mirada de la implacable Inquisición que lo seguiría mirando con recelo durante el resto de su vida. Fue entonces que tomó la decisión de trasladarse a París, donde pronto atrajo a un reducido grupo de fieles seguidores. En 1534, en una capilla de Montmartre tomaron la decisión de hacer votos de pobreza y castidad, y de marchar hacia Jerusalén a convertir infieles. Para poder cumplir con su misión, marcharon hacia Roma para recibir la bendición del pontífice Pablo III, que los acogió de buen grado, pero no autorizó su viaje invocando las dificultades que por entonces interponía la guerra con los turcos en el Mediterráneo. En poco tiempo habría de ordenarse en Venecia como sacerdote y, de regreso a Roma, para ponerse a disposición del Papa, tendría una "visión" trascendental: para cumplir su misión Dios lo ponía al lado de su hijo, en "compañía de Jesús". El grupo original y sus nuevos seguidores desplegaron una activa labor evangélica y social, enseñando el catecismo a los niños y asistiendo a pobres y prostitutas de la ciudad. Muy pronto, el ideal misionero los movió a fundar una orden, aun cuando por entonces la Iglesia parecía dispuesta a frenar la proliferación de éstas, y él y sus hombres eran acusados de luteranos.

Teniendo en cuenta la aceptación y el prestigio popular del que gozaban y la fidelidad sin reservas que le manifestaban, el Papa prefirió dejar de lado estas consideraciones y en 1540 aprobó la creación de la nueva orden religiosa que pronto nombró a su inspirador como su superior.

Ignacio de Loyola –canonizado por Gregorio XV en 1622– murió el 31 de julio de 1556, no si antes poder ver el auspicioso comienzo de la fantástica trayectoria que tendría la Compañía de Jesús. En él se habían dado cita el individualismo renacentista y la educación humanista para renovar al catolicismo de su época y su religiosidad, no exenta de la intolerancia de su época, estaba dominada por los valores del sentimiento y de la voluntad unidos al activismo.

Jean Delumeau encuentra algunos puntos de contacto entre su vida y la de su antagonista contemporáneo Juan Calvino. *"Sus lemas eran impresionantemente parecidos:* ***Soli Deo gloria*** *para Calvino,* ***Ad maiorem Dei gloriam*** *para Ignacio. Ambos fueron intolerantes. Uno hizo quemar a Michel Servet (1553) y el otro presentó a Canisio (1554) un programa de persecución de los herejes. Pero ambos se preocuparon por hacer enseñar el catecismo –una de las exigencias más importantes de la época–, de mejorar la enseñanza, de estar presentes en su siglo y de dar independencia a la Iglesia en relación con el Estado. El papismo de la Compañía está en relación con la batalla entablada por Calvino en la misma Ginebra contra una municipalidad que invadía demasiado el campo religioso. Ignacio y Calvino: dos hombres delgados, nerviosos, tensos, que vivían sólo para Dios; dos restauradores de la fe cristiana, que corría el riesgo de desaparecer en la anarquía religiosa del fin de la Edad Media y al mismo tiempo dos creadores del mundo moderno."*

A. C.

BIBLIOGRAFIA

BALDERAS VEGA, G., *La Reforma y la Contrarreforma*, México, Universidad Iberoamericana, 1996.
BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Madrid, FCE, 1976, 2 v.
DELUMEAU, JEAN, *La Reforma..*, Barcelona, Nueva Clio, 1976.
DELUMEAU, JEAN, *Ignacio de Loyola*, Buenos Aires, CEAL-Página/12, s/f.
ELTON, G.R., *La Europa de la Reforma. 1517-1559*, Siglo XXI, Editores, Madrid, 1976.
ELLIOT, J. H., *La Europa dividida. 1559-1598*, Madrid, Siglo XXI, 1973.
GARIN, EUGENIO, *La educación en Europa 1400-1600*, Barcelona, Crítica, 1987.
HALE, J.R., *La Europa del Renacimiento 1480-1520*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1986.
HAYES, CARLTON J. H., *Historia política y cultural de la Europa Moderna,*. Barcelona, Juventud, 1964.
KOENIGSBERGER, H.G. Y MOSSE, G., *Europa en el siglo XVI*, Madrid, Aguilar, 1974.
LAPEYRE, HENRI, *Las monarquías europeas del siglo XVI. Las relaciones internacionales*, Barcelona, Editorial Labor, 1975, Nueva Clio/la historia y sus problemas 31.
ROMANO, R.; TENENTI, A.,*Los fundamentos del mundo moderno, Edad Media Tardía, Reforma, Renacimiento*, Siglo XXI Editores, México, 1998.



ILUSTRACIONES

p. 472; 474; *Arte/rama*, vol. VI, Codex, 1961.
Retiración; *Brujas y sus maravillas*, Bruselas, s.f.
Tapa; CASTELAR, EMILIO, *La revolución religiosa*, 2, Barcelona, Montaner y Simón, 1880.
p. 479; CASTELAR, EMILIO, *La revolución religiosa*, 4, Barcelona, Montaner y Simón, 1884.
p. 476; *El Correo de la Unesco*, julio de 1988.
p. 471; 472; 477; *Historia del arte*, t. II, Madrid, Alfaguara, 1974.
p. 468; 469; *Historia del arte*, t. VI, Barcelona, Salvat, 1986.

Auspicia



GOBIERNO DE LA CIUDAD